



Las cicatrices de Sara Rus

UNA SOBREVIVIENTE DEL HOLOCAUSTO QUE TAMBIÉN ES MADRE DE PLAZA DE MAYO

POR: POR TALI GOLDMAN

FOTOS: TAINÁ AZEREDO

Tiene 92 años y a diario batalla por la memoria y la defensa de los derechos humanos. Los motivos que le dan fuerza para seguir en pie.

Es el año 2008 y una Madre de Plaza de Mayo recibe un galardón por la lucha de los derechos humanos en el predio de la ex ESMA. Entre el público hay miles de hombres y mujeres, pibes y pibas. Algunos la habrán visto alguna vez, otros la miran como a una de las tantas mujeres con el pañuelo blanco en la cabeza. Pero cuando se acerca al micrófono y empieza a hablar, hay algo en su entonación, en su cadencia, en la forma de pronunciar cada palabra, que llama la atención.

Señora Presidenta, señores ministros, funcionarios y miembros del gobierno, integrantes de las organizaciones presentes, señoras y señores. Me siento muy honrada de haber sido elegida para recibir este reconocimiento de la mano de la presidenta de la Nación.

Yo, como sobreviviente de los campos de concentración y de la persecución nazi y como madre de Daniel, desaparecido en la Comisión Nacional de Energía Atómica por la última dictadura militar en Argentina, en manos de los genocidas discípulos de los mismos asesinos nazis, quisiera compartir esto con aquellos que no bajamos los brazos para que la memoria persista.

LA DOBLE MARCA DEL HORROR

Nadie le decía Shajne Maria Laskier, como figuraba en su documento. Para todos, esa morochita de trenzas largas era Sarenke, que en polaco significa Bambi. A principios del siglo XX, Lodz era una de las ciudades más pujantes de Polonia. Allí el papá de Sarenka tenía una sastrería donde se vestía la alta alcurnia polaca. Su madre procuraba que su única hija tuviera todo lo mejor: la vestía con buenas ropas, elegante. Lo que más le divertía a la pequeña era cantar y bailar. Pero a

mediados de la década del 30, la situación para los judíos empezó a tensarse. En Alemania ya había asumido Adolf Hitler, y llegaban a Polonia los rumores de los primeros ataques. En esos años y antes de que la guerra estallara, un tío de Sarenka huyó de Alemania rumbo a un lugar desconocido para todos: la Argentina. Los Laskier empezaron a vivir con mucho miedo en Polonia, y Sarenka vivió su primera situación traumática cuando su mejor amiga empezó a alejarse sin ninguna razón hasta el punto de cortar lazos. El motivo: su amiga ya no podía tener vínculos con judíos.

La segunda situación traumática Sarenka la vivió en su propia casa. Sus padres le habían comprado un violín y ella estaba fascinada con su nuevo instrumento de cuerdas. Los nazis ya habían invadido Lodz y el pánico era aún mayor. Una tarde cualquiera, entró sin aviso un comando de las SS a la casa de los Laskier. —¿De quién es este violín? —gritó uno de los nazis. —Mi nena, es de mi nena que estudia violín —atinó a decir la señora Laskier mientras la pequeña Sarenka miraba toda la escena desde un rincón. En un microsegundo, un golpe seco resonó en la

↓ Sara Rus relata su testimonio por todo el mundo para mantener viva la memoria.



mesa del comedor. El violín quedó destrozado. Lo que sigue es un relato de supervivencia. De la marca más traumática en la vida de una nena que por su condición de judía sería parte de la historia más dolorosa del siglo XX. Llevaría en su cuerpo la huella de una de las tragedias más aberrantes de la humanidad.

Con la estrella de David cosida en sus prendas, los Laskier fueron trasladados al gueto —un barrio donde encerraban a los judíos para segregarlos— dentro de su propia ciudad. El alambre de púa los mantenía separados del resto de los polacos bajo un estricto régimen en el que trabajaban a destajo, vivían en condiciones paupérrimas y pasaban hambre. En ese tiempo, la mamá de Sarenka quedó embarazada. Apenas ingresaron al gueto, dio a luz a un varón que falleció a los tres meses: no tenían leche para alimentarlo y murió desnutrido. La mamá quedó debilitada y deprimida. La pequeña Sarenka intensificó su trabajo en la fábrica de sombreros, de ese modo llevaba más raciones de comida para su mamá, que estaba en la casa sin poder trabajar. Su padre hacía lo suyo en la sastrería del gueto. Con frecuencia, los hacían formar filas. A los más débiles se los llevaban a los campos de concentración. Para evitarle ese destino a su mamá, Sarenka y su papá le ponían telas y ropa debajo del sobretodo para que no se le vieran los huesos. Así, al principio, se salvaron de que los deportaran.

En medio de tanta oscuridad, un rayo de luz llegó a la familia Laskier. Como los domingos no se trabajaba, al papá de Sarenka le gustaba bajar a conversar

con los vecinos. En uno de esos encuentros, había conocido a un muchacho de unos veinticinco años y una tarde lo invitó a subir. Sarenka, que aunque tenía catorce años parecía una adulta con su peinado de trenzas largas que formaban un rodete, quedó fascinada con ese hombre. Y aparentemente él también porque comenzó a frecuentar la casa de los Laskier muy seguido. La diferencia de edad entre Sarenka y el muchacho no era un problema para ellos dos, más bien lo era para su madre, quien le decía que era una nena, que ese hombre era muy mayor para ella.

Un día, el joven muchacho le preguntó a Sarenka si le gustaba la música. Ella recordó su violín. Claro que le gustaba. Entonces el hombre le dio un papequito. Allí, había dibujado cinco renglones, como si fueran un pentagrama. Al inicio, había una clave de sol. Pero en vez de anotar una melodía escribió una fecha: 5/5/45. Si sobrevivían a esa fecha, debían encontrarse en un edificio de la Argentina.

Sarenka guardó ese papel sagrado. No era solo una fecha: era un motivo concreto por el cual seguir viviendo entre tanto horror.

La peor parte todavía no había llegado. El calvario más grande tenía un nombre: Auschwitz-Birkenau. El campo de concentración más emblemático. Tuvieron que abandonar la casa dentro del gueto y subirse a un tren en el que viajaron como un rebaño, calcinados, sin saber si sobrevivirían esa distancia. Cuando llegaron al campo colocaron a todas

Cuando ingresaron en Mauthasen, se enteraron de que los norteamericanos y la Cruz Roja también habían llegado. En ese momento, Sarenka y su mamá comenzaban una nueva batalla: la de volver a la vida.

las mujeres en una hilera y a los hombres en otra. Esa fue la última vez que Sarenka vio a su padre. Pero la selección siguió: de un lado ubicaban a las mujeres que irían a las cámaras de gas; del otro, a las que mandaban a trabajar. Sarenka no quedó del mismo lado que su madre. La joven se desesperó, salió de la fila y caminó dispuesta a hablar con el comandante.

—¿Cómo te atreves a acercarte? —le gritó el alemán.

—Me separaste de mi mamá.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es tu mamá?

Sarenka la señaló. Pensó que no solo la mataría a ella

Sara vivió en el gueto de Lodz cuatro años; allí conoció a quien sería su marido.



sino también a su mamá. El alemán tomó aire.

—Andá a buscarla y llevála con vos.

Desde ese momento, Sarenka sintió que había un ángel que las protegía.

El segundo calvario comenzó: la estadía en el campo de concentración fue peor de lo imaginado. El hambre, el frío, el trabajo forzado y la desesperación de saber que cada segundo podía ser el último. Sara dice que no eran seres humanos. Eran espectros.

De Birkenau las trasladaron a Mauthausen, otro campo de concentración, en Austria. Ese ángel que las había salvado lo volvería a hacer. Sara hoy no sabe cómo llegaron después de una caminata en la que la gran mayoría murió en el camino: ella y su mamá pesaban 26 kilos. Pero recuerda que cuando ingresaron a ese campo se enteraron de una novedad: los norteamericanos y un comando de la Cruz Roja también habían llegado. En ese momento, Sarenka y su mamá comenzaban una nueva batalla: la de volver a la vida.

En el campo de refugiados alguien empezó a preguntar por una tal Sarenka. Tenía que presentarse en una oficina. Le entregaron una carta. Apenas terminó de leerla, Sara se desmayó de la emoción. El remitente era Bernardo Rus, el hombre con el que había sellado la promesa de encontrarse en la Argentina si sobrevivían. El muchacho le decía que la estaba esperando en Polonia para casarse con ella.

—Mamá, vamos a volver a Polonia. Voy a encontrarme con la persona que amo.

Un día Daniel, el hijo de Sara, volvió angustiado y le contó a su madre que habían secuestrado uno de sus mejores amigos. Diez días después, Daniel también era secuestrado por el terrorismo de Estado. Aun hoy se desconoce su paradero.

Para ese encuentro no caben las palabras. La alegría entre tanto dolor no cabía en los cuerpos. Sara, su mamá y Bernardo se fueron a vivir a un campo de refugiados en Berlín. Un tiempo después, decidieron que allí tampoco tenían lugar. Después de la guerra querían reunirse con la única familia que les quedaba en la otra punta del mundo.

El periplo hasta llegar a Buenos Aires fue arduo: de Berlín pasaron por París, después a Paraguay y finalmente llegaron a la Argentina. Avión, barco, tren, caballo. Durante un tiempo se instalaron en Entre

Ríos pero no estaban cómodos. Necesitaban llegar a Buenos Aires para encontrarse con la familia. Así fue como Bernardo le escribió una carta de puño y letra a una mujer que tenía “alguna que otra” influencia en el poder: Eva Perón. A las pocas semanas, Bernardo y otros inmigrantes recibieron unos pasajes para viajar a Buenos Aires. Tocaban el cielo con las manos. La ciudad de las luces, pujante, llena de negocios. Y el mismo ángel que las había salvado de la guerra ahora venía por otra alegría. Los médicos le habían dicho a Sarenka que por los accidentes que había tenido en el campo de concentración no iba a poder soportar un embarazo. Pero el 24 de julio de 1950 nació Daniel Lázaro. Cinco años y cinco meses después llegó Natalia. Ahora sí, los Rus eran una familia feliz. Lo serían hasta el 15 de julio de 1977.

Es el 24 de marzo de 2014. Sara se agarra del brazo de su nieta. Tiene un pañuelo blanco en su cabeza. Pone los dedos en V y una sonrisa cuando pasa por al lado de unos chicos que cantan “somos de la gloriosa juventud peronista”. Es un nuevo aniversario del golpe cívico-militar que desapareció a su hijo Daniel. Era el hijo soñado. Buena persona, buen alumno, buen compañero. A los doce años presentó en el colegio un trabajo en el que dibujó en una cartulina el movimiento de un átomo. Ni Sara ni Bernardo sabían qué quería decir, pero Daniel ya tenía en claro una cosa: quería ser físico. Apenas terminó el secundario, se anotó en la facultad de Ciencias

Exactas y Naturales y en 1976 consiguió una beca en la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Un día Daniel volvió angustiado y les contó a sus padres que había desaparecido uno de sus mejores amigos, Daniel Balillo. Sara y Bernardo se preocuparon y le dijeron que se fuera a Uruguay, pero no quiso, decía que el país lo necesitaba. Diez días después, desaparecería Daniel y quedaría en la nómina de los 30 mil desaparecidos. Sara y Bernardo movieron cielo y tierra. Después de haber sobrevivido el Holocausto, nunca se imaginaron tener la misma sensación de angustia, dolor y desesperación. Les escribieron cartas a Videla, a Massera y hasta viajaron a los Estados Unidos para pedir por Daniel. Pero nada. Sara se unió a esas otras mujeres que daban vueltas alrededor de la pirámide de Mayo con un pañuelo blanco. Con el regreso de la democracia, Bernardo se entusiasmó. Creía que su hijo volvería. Le hizo una advertencia a Sara, aquella mujer de la que se había enamorado en el gueto de Lodz, por la que había sobrevivido:

—Si en estos seis meses Daniel no vuelve, ya no me interesa la vida.

A los seis meses, Bernardo falleció de un cáncer de pulmón.

Es 2 de abril de 2019 Sara cumplió noventa y dos años. No parece. Tiene puesta una camisa floreada y se maquilló los ojos y los labios. Además, se pintó ella

sola las uñas porque no hizo a tiempo para llamar a la manicura. Tiene un collar y unos aros de perlas. Sara es muy coqueta. Está sentada, pero cuando puede se levanta y camina un poco. Lo hace despacio, agarrándose de los muebles y de las manos que tiene cerca. Hace

↓ Sara es Madre de Plaza de Mayo Línea Fundadora.



poco estuvo muy mal, cuatro meses internada. Había bajado diez kilos. Bajar de peso para ella es sinónimo de guerra. Por eso, cuenta contenta —mientras se come una palmerita— que por suerte ya le volvió el apetito. Los médicos pensaban que de esa internación no se recuperaría, pero Sara sigue demostrando que todavía tiene razones por las que vivir. Ella dice que tiene varias vidas. Una antes de la guerra y otra después de que desapareciera su hijo. Cuando habla de la guerra, ya no se angustia. Pero apenas nombra a Daniel, los ojos se le ponen todos rojos. Tiene que parar y respirar. A Daniel lo nombra en presente. Daniel es lindo, Daniel es bueno, a Daniel le gusta divertirse, es cariñoso. Para ella Daniel todavía está. Tiene su retrato en un rincón de un modular junto a una flor roja. El resto son premios que le dieron y fotos con su hija, sus nietas y sus bisnietos. Cuando habla de ellos, se le instala una sonrisa infinita. No tiene dudas de que después de tantas marcas en su cuerpo y en su alma, son esos cuatro nenes los que la hacen seguir peleando.

—Cuando me llaman por teléfono y me dicen con esa vocecita “Hola, Sara”, yo muero. Ellos son mi locura y me ayudan a vivir.

Sara busca el pañuelo para las fotos. Lo abre, lo muestra y se lo coloca en la cabeza con una templanza que parece un ritual milenario. Su cabeza queda cubierta por esa tela blanca. Sus ojos achinados y una sonrisa. Qué mejor revancha que esa sonrisa. ▲